

# Las aberraciones sexuales en la Alemania nazi

«El Mundo al día»  
número 18, 15 agosto 1949  
Ediciones Universo, Toulouse

## I

### **El testimonio de un general alemán en reserva sobre los anormales sexuales. – Las prácticas homosexuales. – Su influencia en la vida social y en la política interior y exterior de Alemania. – Los familiares de Guillermo II. – El conde von Eulemburg y von Holstein, la Eminencia gris. – La prostitución masculina. – El chantaje alrededor del artículo 175. – La diplomacia y los secretos de estado. – La consanguinidad en las esferas monárquicas.**

«El historiador que desee estudiar los errores y los extravíos de la política interior y exterior de Alemania de la época que precedió a la guerra (1914-1918), no puede ser indiferente a los problemas morales.»

Es así como empieza un «capítulo penoso» del libro «Mein Damaskus» (Edit. FackeIreiter, Hamburgo 1929), que contiene los testimonios y las memorias de un antiguo general de dragones, Dr. H. C. Paul Freiherr von Schoenaich uno de los jefes del pacifismo activo y presidente de la «Deutsche Friedensgesellschaft» que reunía a centenares de grupos y asociaciones que expresaron, en la medida de lo posible, el espíritu de la «otra Alemania», finalmente estrangulada por la tiranía nazi.

El autor añade que los problemas morales que han sido cubiertos con el manto del silencio, se relacionan particularmente con las prácticas homosexuales, que tuvieron un papel mucho más importante de lo que se cree habitualmente. Después de haber esbozado el problema desde el punto de vista científico, es decir, de la evolución biológica, que tuvo necesidad de centenas de millares y de millones de años para llegar a la diferenciación de los sexos, Von Schoenaich muestra que, incluso hoy día, ciertos hombres están animados de sentimientos y de impulsiones de naturaleza femenina y algunas mujeres experimentan el mismo fenómeno sexual, exactamente como los hombres.

La mayoría de los hombres son normales, –es decir, heterosexuales– pero en ciertos periodos de su vida, se sienten atraídos por el mismo sexo y sienten inclinaciones anormales (homosexuales). Estos periodos pueden durar semanas, meses, años, sea en la época de la juventud o a una edad más avanzada, sea en el hombre, sea en la mujer, incluso en la época de su vida común, lo que no excluye los «matrimonios dichosos». El artículo 175 del Código Penal alemán que castiga con la cárcel las relaciones anormales entre «las personas del sexo masculino» (pero no entre las mujeres) ha suscitado grandes discusiones en todos los medios. Por este artículo represivo, numerosos individuos pertenecientes a todas las clases sociales alemanas teniendo predisposiciones sexuales anormales, y no solamente los que practican la homosexualidad, han sido considerados sospechosos, perseguidos, puestos al margen de la sociedad. Todas estas personas han debido sufrir moralmente, obsesionados por el peligro de ser denunciadas y traducidas ante los tribunales.

Según el autor que más arriba citamos y que durante numerosos años hizo investigaciones en los medios homosexuales, el 10 por ciento de la población alemana sería presa de estas anomalías. Leímos en 1930, en una revista científica, que, según ciertas estadísticas, contábase en Alemania, que aún no había llegado a ser el gran Reich nazi, alrededor de dos millones de homosexuales; estos tenían sus clubs y sus asociaciones, sus cafés, sus publicaciones y su literatura específica.

Surgidos de esos medios, algunos han ascendido a las funciones más influyentes del Estado. Se han escrito numerosos volúmenes de «historias» sobre las relaciones eróticas de los grandes hombres de Estado con sus amantes y su influencia sobre la vida política. Pero se han silenciado las relaciones entre los hombres de Estado homosexuales, cuya influencia sobre la vida social interior y la política exterior ha sido puesta al descubierto en ocasión de numerosos grandes escándalos, como el del conde von Eulemburg, perteneciente a los servidores de Guillermo II. Como oficial, Schoenaich pudo observar de cerca estas costumbres, en el medio en el cual se desenvolvía, desde la escuela de cadetes hasta el regimiento de la guardia en Berlín; se interesó especialmente en las consecuencias nefastas de estas relaciones anormales en la política interior y en la internacional, así como sus repercusiones morales sobre el pueblo alemán.

Acompañado de un policía vestido de civil, visitó un día una sala de baile de los alrededores de Berlín. «El cuadro no se borrará nunca de mis ojos. Varios centenares de hombres y mujeres de toda edad y de todas las clases, la mayoría maquillados, un cierto número de hombres vestidos de mujer y unas cuantas mujeres vestidas de hombre. Desde el momento que entramos en la sala bien alumbrada, todos se dieron cuenta que éramos visitantes guiados por la policía. Según parece, el servicio de información funcionaba perfectamente. Pero aparte bastantes figuras antipáticas, marchitadas por el vicio, vi semblantes de rasgos finos, de expresión espiritualizada. Algunos querían probablemente ganar la benevolencia de mi amigo el policía, pues nos hicieron la descripción brutal y sincera de las cosas más cínicas.» Cuando el autor de la obra pidió al policía por qué se autorizaban tales bailes y reuniones, cuando el artículo 175 del Código Penal estaba todavía en vigor, se le dijo que estas «distracciones» estaban permitidas intencionadamente para que las autoridades pudiesen conocer mejor los medios homosexuales. «El chantaje juega un papel muy importante en ese medio. Numerosos son los que van guiados solamente por sus inclinaciones íntimas. Pero hay también un gran número que hace un negocio con los sentimientos y las predisposiciones de los otros... La prostitución masculina juega un papel muy importante. ¡Desgraciado del extranjero que tiene la desgracia de caer entre las manos de estos vampiros! Lo comprimen como a un limón.» La amenaza del artículo 175 tiene efectos desastrosos que llevan hasta el suicidio –y la policía, por una vez con razón, ataca con mayor saña a los autores del chantaje, a los profesionales, que a sus víctimas.

En el ejército, donde el general Von Schoenaich pudo observar mejor la prostitución masculina, ésta se había extendido de forma tan alarmante que los comandantes se vieron obligados a tomar medidas enérgicas. Simples soldados llegaron a venderse, no por gusto, sino únicamente por dinero. Esta «práctica asquerosa», tuvo, desde el punto de vista moral, las consecuencias más desastrosas en la vida militar y ganó a su vez los medios civiles –e incluso las capas profundas de la nación. Las relaciones entre los grados estaban en general turbadas por la obsesión de este vicio; la autoridad de los oficiales homosexuales –y eran muy numerosos– se ejerció sobre sus subordinados, y no solamente en lo que concierne a la disciplina aparente. La mayoría de los soldados que se prostituían así, por venalidad, por deseo de lucro, estaban completamente perdidos; no podían volver ya jamás a un oficio normal, pues «¿por qué fatigarse en trabajos difíciles, cuando obtenían un beneficio apreciable, sin la menor fatiga?».

Con ocasión de un gran proceso que hizo escándalo, se conocieron cosas «verdaderamente horribles». La corrupción en la vida pública –política y mundana– tenía sus raíces en una anomalía que la hipocresía de «la moral perseguía gracias a un artículo de la ley, raramente aplicado en todo su vigor, pero siempre utilizado como amenaza por bandas enteras de entretenidos y de chantajistas.

Los efectos eran más profundos en la política interior de lo que se creía. «La estrecha solidaridad de todos los intereses era funesta. Toda la vida política, económica y social estaba misteriosamente rodeada por una red de individuos que, por su naturaleza y por su ley, estaban ligados el uno al otro por una poderosa comunidad de destino.» En general el secreto era bien guardado y verdaderos homosexuales sabían comprometer a personas honorables con virtudes intelectuales y artísticas excepcionales, pero normales en su vida sexual. En los consejos de ministros se discutía con frecuencia este problema. El mismo Von Schoenaich fue llamado por el ministro de la guerra para facilitar aclaraciones sobre ciertos casos que podían ser objeto de interpelaciones en el Reichstag. La forma como se desarrolló el proceso contra el conde Eulenburg manchó el prestigio de la justicia oficial, y no solamente el de la casta militar imperial.

En cuanto a las repercusiones sobre la política exterior, ellas fueron más graves todavía. En la época de la «crisis marroquí», una revista reveló el hecho de que en una casa de prostitución masculina tenían lugar entrevistas íntimas entre un alto funcionario del Estado alemán y un diplomático extranjero –y que los proyectos más secretos de la política alemana habían sido así entregados al «enemigo». Pero esta «traición» sólo provocó un «silencio de muerte», pues apareció que existían intereses de Estado mayores, tanto de un lado como del otro, que exigían que el escándalo fuese ahogado con cuidado especial.

«Solo en un porvenir lejano, –escribe el general Von Schoenaich– será aclarado uno de los capítulos más turbios de la nueva historia alemana, y este capítulo es el del ministro von Holstein, llamado la Eminencia Gris. Se sabe que durante treinta años este hombre tuvo, bajo cuatro cancilleres diferentes, una influencia decisiva sobre nuestra política exterior. La mayoría de nuestros diplomáticos del extranjero, que no eran tan tontos como se pretende, le contemplaban, incluso en el ejercicio de su función, como una persona espiritualmente enferma. Hoy aparece como seguro que fue él el culpable de la situación política que hizo que, al fin de cuentas, fuésemos precipitados en una guerra mundial.»

El autor muestra cómo se procedió durante la guerra contra los conocidos como infractores del artículo 175. El juicio se pronunciaba según el grado y el rango social: exclusión del ejército, degradación o «desaparición combinada» para evitar el escándalo; los oficiales en activo pasaban a la reserva o eran enviados al frente como simples soldados. Insiste sobre la gravedad de este estado de cosas para «todos los Estados monárquicos». En tanto que las leyes sobre el matrimonio en los medios monarquistas se mantengan sobre la igualdad de rango e incluso el aparentamiento de la sangre, el peligro de la degeneración de la familia subsiste. Por la consanguinidad (que puede llevar hasta el incesto) se acentúan ciertas virtudes hereditarias, pero igualmente las anomalías. Y el pueblo adivina los vicios del soberano antes que sus virtudes. Ciertamente, las buenas cualidades pueden coexistir con las malas inclinaciones. «El gran Napoleón era epiléptico; Federico el Grande era desde el punto de vista sexual un anormal. El fin trágico de los Romanov degenerados por exceso de consanguinidad es, quizá, el signo de advertencia del fin de la forma del Estado monárquico.»

Si precisa castigar con severidad los abusos y las perversiones ejercidas por los adultos sobre la juventud, es quizá excesivo –según el autor– que todos los anormales sexuales, con los que la naturaleza se mostró tan avara, sean puestos a la picota como criminales. Ello acarrearía consecuencias más nefastas todavía. No debemos, por un falso pudor, correr el velo del silencio sobre estos problemas psico-físicos, sino buscar abiertamente sus causas, a fin de aligerar el fardo de tantas taras hereditarias, de anomalías innatas que residen en la estructura íntima de los homosexuales –así como de la mala educación que recibieron en la infancia, en una sociedad dominada por el culto de la fuerza y por el orgullo de una casta que se estimaba ser de la raza inmaculada de los Elegidos.

## II

### **De Guillermo II a Hitler. – Las aberraciones psíquicas, sexuales e «ideológicas.» – Las costumbres de los jefes nazis. – «El Drama Roehm.» – Consideraciones psico-sexuales del Dr. Magnus Hirschfeld. – Paralelo entre Eulenburg y Roehm. – Psicología de los favoritos invertidos. – La camaradería de los «Caballeros» en el pasado y en el presente. – La amistad pasional, según F. Schiller y Ricardo Wagner. – «Los uranianos.»**

El testimonio del ex-general Freiherr von Schoenaich, al que conocí entre 1925 y 1932 y con el que conviví en diversos congresos pacifistas internacionales, hombre considerado como un espíritu luminoso y ponderado, pero enérgico en sus acciones, no se refiere solamente a la época de Guillermo II. En este momento, la megalomanía imperial encontraba en la casta militarista –sostenida por el feudalismo agrario de los Junkers y por el gran capitalismo industrial– el medio ambiente favorable para su exaltación, tanto en el plano social: interior como en el de la política mundial. Y ya hemos visto como en este medio, oculto en la superficie por las maneras duras, en cierto modo, de la nobleza y de la diplomacia, fermentaban los residuos de ciertas aberraciones psíquicas y sexuales que se habían infiltrado incluso en las capas populares, no solamente bajo la forma de la «prostitución masculina», sino también, por así decirlo, bajo formas «ideológicas»: teorías absurdas de pureza racial, máximas provocadoras de hegemonía política, es decir, de sujeción de las otras clases y de los otros pueblos. Todos hemos leído o escuchado esos discursos imperialistas que magnificaban «la fuerza alemana», tomando como pretexto la necesidad de «espacio vital», o atribuyéndose una misión civilizadora, terriblemente brutal y cínica cuando ella chocaba con alguna resistencia por parte de la verdadera cultura, universalmente humana.

Entre el régimen autocrático de un Guillermo II y el absolutismo sanguinario de un Hitler, sólo hay una diferencia de grado y de «organización». Esos errores y esos horrores, que no pudieron barrer las aguas fangosas de una República muerta antes de nacer en la Revolución de noviembre de 1919, se acrecentaron inevitablemente. El tercer Reich reemplazó a la nobleza del Kaiser y conservó solamente los elementos de la vieja mentalidad. Exhumó, justamente, de los bajos fondos populares, esos residuos infiltrados durante la larga dominación monárquica, esas impulsiones turbias, verdaderamente milenarias con frecuencia rechazadas desde la época de los «bárbaros» alemanes, cuyo culto viril, excesivamente masculino, está representado por las divinidades guerreras y por los jefes legendarios evocados en las trilogías wagnerianas.

El régimen nazi instaurado en Alemania en 1933 y que desencadenó en 1939 la segunda guerra mundial para desaparecer después de seis años de indecibles hecatombes y de inauditas destrucciones, no será comprendido por los historiadores del porvenir sin una búsqueda atenta de las psicosis selectivas y, al mismo tiempo, de las costumbres sexuales de los jefes, y de sus numerosos partidarios. De la misma manera que el período guillermino no podrá ser completamente explicado sin las aberraciones del séquito imperial donde «brillaron» un Von Eulenburg y un Von Holstein.

Lo mismo que Freiherr von Schoenaich, nosotros, tristes supervivientes de ese diluvio de odio, de sangre y de fuego, nos preguntamos, cuando pronunciamos el nombre de Hitler, cómo fue posible que un enfermo mental, un neurasténico, un paranoico, un loco atacado de accesos de locura –tal como será clasificado por la ciencia de la patología nerviosa– haya podido ser el dueño absoluto durante más de diez años, de un pueblo de decenas de millones de almas. Lo que hemos dicho de Von Holstein, la eminencia gris, se aplica, en una medida mayor todavía, al plebeyo Adolfo Hitler, la sup-eminencia parda. No sabremos a qué atenernos en lo que a él respecta hasta «el día que saldrán de la sombra sus papeles, escondidos nadie sabe donde». Numerosos datos fortifican la creencia de que «él también pertenecía a esos círculos» (de anormales sexuales). Para Von Schoenaich, «él», es Von Holstein; para los historiadores objetivos del tercer Reich, «él» es Hitler. Y la frase siguiente, se aplica tanto al uno como al otro: «El paso brusco del amor al odio y del odio al amor, que es el rasgo característico de todos aquellos en los cuales el momento sexual tiene una gran influencia, hace a estos hombres completamente impropios para ocupar situaciones influyentes».

Del mismo modo que el proceso de von Eulenburg, a principios de siglo, podía ser considerado como el absceso, por el cual se escapaba el pus del hipócrita homosexualismo del régimen imperial, el «drama Roehm» es la expresión brutal, sangrienta, de las mismas costumbres, pero amplificadas, excesivas, casi públicas, apropiadas al régimen nazi.

Un especialista de la patología sexual, cuyos trabajos son luminarias que atraviesan los subterráneos donde hormiguean los monstruos de las degenerescencias humanas, el Dr. Magnus Hirschfeld, ha escrito algunos comentarios psico-sexuales sobre el caso Roehm, pero sin dar detalles sobre el asesinato en masa ordenado y ejecutado en su mayor parte por el mismo Hitler, en junio de 1934, cuando alrededor de 400 miembros de las secciones de Asalto (S.S.) fueron fusilados con su jefe.

El escándalo Eulenburg se parece en parte al asunto Roehm por el hecho de que estos dos «héroes», cuyo origen social es diametralmente opuesto, formaban parte de las altas esferas gubernamentales; los dos disfrutaban de los mayores favores de su jefe supremo y los dos finalizaron en el desfavor y la abyección. Sus inclinaciones homosexuales han sido explotadas por sus adversarios, para hacer caer el oprobio que de las mismas deriva sobre sus «protectores». ¿Cómo explicarse –se pregunta el Dr. Hirschfeld– por qué naturalezas

dominadoras como Guillermo II y como Hitler se sienten con tanta frecuencia atraídas por los homosexuales? La causa debe encontrarse «mejor en motivos de carácter que en las afinidades sexuales».

La mayoría de los invertidos adoran la adulación y el bizantinismo, ceden fácilmente a sus guías, hombres llenos de energía que no toleran la menor resistencia. En su fanatismo por sus jefes, son tanto más manejables cuanto más fácilmente se despedazan entre ellos y sólo se sienten tranquilos y seguros cuando benefician por igual de los favores de su amo. Pero habitualmente surgen ambiciosos, adversarios intrigantes, con frecuencia asimismo anormales sexuales, que envidian a los «mignons» su significación privilegiada. Si los medios directos no les dan satisfacción, estos envidiosos se sirven de alusiones envenenadas que no erran nunca el blanco: descubren secretos de alcoba, representando el papel de indignados, calumnian para que nadie se aperciba que ellos ocupan el mismo sitio, engañan a la multitud sirviéndola historias de complots y de peligros hasta que ella cree realmente que es un absceso purulento lo que ellos han abierto, cuando efectivamente es el cuerpo del Estado el que está enfermo».

Es una explicación psico-sexual del drama Roehm para aquellos que lo conocen en sus detalles abyectos. Los «héroes» de estas hazañas no son suprimidos por el hecho de ser homosexuales, si no por otros motivos morales, por altas razones de Estado. Eulenburg fue acusado de perjurio; Redl, oficial del Estado Mayor austríaco, fue condenado por simples fraudes; Roehm, el jefe de los famosos S.S., fue acusado de felonía con el Furher, a quien quería reemplazar. De hecho, los tres, y muchos otros semejantes a ellos, tenían los mismos vicios y debían ser apartados o suprimidos desde el momento que fuesen descubiertos.

Un fanático teórico racista, Hans Blücher, y un noble prusiano que se escondía bajo el pseudónimo de Lexow, autor de un folleto sobre «El ejército y la sexualidad», se habían ya ocupado antes de estas costumbres, relacionándolas con una antigua cofradía de sangre y de armas, tal como la legión sagrada de Tebas y las ordenes de la Caballería medioeval: la Orden Teutónica y la Orden de los Templarios, cuyo gran Maestre, Ulrich van Jungingen, pasaba por ser un homosexual –lo mismo que lo que se refiere a diversas asociaciones de camaradas, más o menos homoeróticas. En «Los Caballeros de Malta», el drama sin mujeres de Franz Schiller (no terminado) es descrita la amistad pasional tal como ella se manifiesta en estas asociaciones de hombres. El propio Schiller pinta a sus dos héroes Crequi y Saint-Priest como «caballeros que se aman», añadiendo:

«El amor de dos caballeros, el uno por el otro, debe tener todos los caracteres del amor sexual.»

Ricardo Wagner, muy apreciado, como se sabe, por Hitler y su camarilla se expresa resueltamente en su libro «Obra de arte del Porvenir» sobre «el valor pasional de las relaciones homosexuales en ciertos grupos». Desprecia las amistades «epistolares-literarias» interesadas y prosaicas, alabando por el contrario el amor basado sobre los «nobles placeres sensuales-espirituales» y que eran entre los espartanos «la única educación de la juventud». Este amor vigoroso reglamentaba los placeres y las diversiones públicas, estimulaba las acciones audaces. Las asociaciones masculinas de camaradería amorosa eran reunidas en unidades de combatientes cuya ley suprema, espiritual, era el desprecio de la muerte «para socorrer al amado en peligro o vengarle si mordía el polvo».

El Dr. Magnus Hirschfeld cree, pues, que lo que ocurrió en 1934 en el tercer Reich, cuando las Secciones de Asalto y la guardia personal de Hitler se entreasesinaron, no tiene nada de extraordinario. Como tampoco es nueva la difamación de los adversarios caídos en desgracia, poniendo en evidencia sus vicios y depravaciones. La ferocidad y la amplitud de la masacre no constituyen asimismo un hecho «inédito» en la historia alemana. Pisoteando los cadáveres de los jefes de la juventud homosexual, Hitler se creó un nuevo grupo de adversarios, el de los «uranianos», enrolados en el partido nazi, engañados por la tolerancia que mostraba el Furher con relación a Roehm.

### III

**La juventud nazi. – De los «Vandervogel» a la «Hitlerjugend». – Algunos libros reveladores (Salomón Asch, Odon de Horvath, Hans Blücher). – El neo-paganismo alemán. – De la mitología teutónica al falso budhismo. – Hitler, verdadero budhista. – La protección de los animales y la vivisección de los hombres. – «La educación» de la juventud hitleriana. – Bajo «el signo de Piscis». – El ipsismo. – Las mujeres virilizadas. – Venus con el saco a la espalda. – Las pseudo-amazonas. – Jóvenes y muchachas – Como aman. – Padres e hijos.**

Desde del drama personal, pero simbólico, del jefe de las Secciones de Asalto, hasta la gran matanza de la segunda guerra mundial –con sus horrores, que Dante no hubiera sabido describir– el camino recorrido en algunos años es, sin embargo, inmenso, con su cortejo de monstruosidades y de catástrofes. No podemos referirnos aquí más que a ciertos aspectos de las aberraciones y de las perversiones morales y sexuales en el seno de las jóvenes generaciones alemanas, bajo todas las formas posibles de violencia, de odio y de destrucción –apenas veladas por dogmas absurdos, por consignas amenazadoras, parecidas a las excitaciones que se prodigan a los perros que se quiere lanzar sobre la caza: divisas de asesinos que querían esclavizar a su propio pueblo, despojar y masacrar todas las naciones que no se sometían ciegamente a su orgullo y a su frenesí de «dominadores elegidos», de jefes y de guías conducidos ellos mismos por el jefe supremo de una locura colectiva.

Para comenzar, recordemos la existencia de la juventud alemana, esta «Hitlerjugend» que sobrepasó de mucho el famoso movimiento llamado «Wandervogel» («Pájaros de paso») formado de grupos de adolescentes alemanes de los dos sexos que se iban de excursión viviendo una vida «sana, libre y amical». Los principios educativos, éticos, deportivos, etc..., de estos grupos no son los de los scouts de la ante-primer guerra mundial, tales como los han conocido Inglaterra, Francia y América. Estos grupos son militarizados. Su «disciplina» está subordinada a una ideología política de partido que prepara los cuadros de partidarios fanáticos, de combatientes prestos a realizar, por orden de sus jefes, no importa qué acciones *heroicas* –que no difieren en nada de los atentados cometidos por las asociaciones de bandidos de gran camino o los asesinos a sueldo dispuestos a perpetrar los atropellos más abyectos.

Existe, en ese dominio, una rica literatura. Algunas novelas, verdaderas crónicas basadas sobre una abundante documentación ideológica, psicológica y táctica, son extremadamente instructivas. Recordemos la gran novela de Salomón Asch: «Der Krieg geht weiter» (La guerra continua), consagrado en gran parte al periodo de post-guerra de la Alemania vencida y revanchista (1920-1932) y a los síntomas raciales que debían conducir a la masacre de los judíos (1939-1945). La juventud hitleriana está ahí representada por los tipos más significativos, no solamente en el plano político y ultranacionalista sino también en su concepción «de la vida social y erótica». Una escena reveladora es la de la iniciación de un adolescente a la «mística» del amor masculino en el curso de una noche sombría, en un bosque: uno de los jefes da al fin al tembloroso novicio el beso viril, apasionado y bestial.

Esta «Hitlerjugend» llevó hasta el extremo las prácticas anormales del antiguo «Wandervogel», hablando del cual Hans Blücher escribió en 1912 un libro que lo expresa todo en su título: «El movimiento Wandervogel como fenómeno erótico. Contribución al estudio de la inversión sexual».

Entre las numerosas novelas relativas a los años de la dominación nazi (1933-1939), mencionaremos, por su dinamismo, por los cuadros que se suceden cinematográficamente y por sus diálogos brillantes y «sabrosos», «Juventud pagana», por Odon de Horvath, un escritor emigrado que tuvo un fin trágico en París.

\* \* \*

Antes de extraer algunas escenas de esta novela, precisemos que el neopaganismo alemán es, de hecho, un retorno a un primitivismo exaltado –a este salvajismo disfrazado que no renuncia a las apariencias de la ciencia «asesina» de la cultura dogmática, de la técnica monopolizada por el Estado con finalidades guerreras. Thor, Odin-Wotan y los demás dioses nórdicos, son demasiado «puros», es decir, demasiado naturales para la época en que fueron engendrados por la imaginación primaria, instintiva, por los sentidos ávidos de los bárbaros vestidos con la piel de las bestias muertas en las selvas negras de Alemania. Para los «Paganos» de hoy, los dioses antiguos de los teutones son solamente máscaras bajo las cuales se esconden los semblantes equívocos, con frecuencia degenerados, de las generaciones atormentadas que han vivido entre las dos guerras mundiales. El sentido inmediato de este vago paganismo impulsivo, que confunde el odio con el amor, el gesto criminal con la acción noble y creadora, es el anti-cristianismo –pero inseparable de esta panacea con la cual tanta gente quería curar al mundo de todos los males y que, dicha de otra manera, se llama «antisemitismo».

Esto no impide a los neo-paganistas el dirigirse titubeando, en su vida moral, hacia esas religiones asiáticas en las que creen encontrar una confirmación del apostolado ario y de la quimérica pureza de la raza. Así el profesor Wilhelm Hauser, jefe del movimiento llamado: «La fe alemana», ha atacado al Sermón de la Montaña, denunciando su ética de dulzura y de resignación, extraña al alma alemana. Este apóstol del paganismo alemán es un ex-misionero de las Indias, convertido al budhismo (¿a cual? pues existen centenares de sectas y numerosos ritos y dogmas en la selva virgen de la mitología indúe). «La fe alemana», o, más exactamente, la falta de fe, lleva muy lejos, incluso al budhismo. Pero el verdadero budhismo es la expresión de una ética inaccesible a los «salvajes de la cultura» occidental. Otro profesor confusionista, Bergmann, hacía a favor del budhismo una propaganda tan lógica y encarnizada como la de Hauser, sosteniendo que Hitler era un verdadero budhista, porque era... vegetariano, no fumaba, no bebía alcohol, etc...

Pero el profesor neo-budhista olvidaba que este «abstinente» total, era presa de una sed inextinguible de poder que podían aplacar, solamente de vez en cuando, la sangre derramada y las crisis de destrucción. «Un Budha moderno», osó llamar a Hitler un Herr Profesor, imbuido de literatura, pero al mismo tiempo de un servilismo nefasto: el de los «escribas traidores», pues, según este pseudo-sabio, el Furher promulgó ciertas leyes que prohibían la crueldad con los animales, lo que no le impidió hacer disecar de vivo en vivo, por sus legiones de verdugos y de técnicos, millones de hombres, culpables únicamente de pertenecer a otra raza, a otra religión, a otra nacionalidad. Esto, ciertamente, en bien de las investigaciones «científicas» (lo mismo que la vivisección de los animales, pues la verdad es que en la Alemania nazi la propaganda particular por la protección de los animales estaba prohibida)... ¡Hay que ser fuertes! ¡Hay que ser despiadados!». He ahí a donde lleva el neopaganismo indígena o usurpado, que se injertó en un cerebro intoxicado de odio y de orgullo, implantado en un alma poseída por pasiones desnaturalizadas y por el sueño insensato y sin límites de la dominación universal.

\* \* \*

Pero volvamos a esa novela tan reveladora de «La Juventud pagana». No podemos examinarla aquí ampliamente. Pero reproduciremos solamente algunos fragmentos que caracterizan la mentalidad de esta juventud formada por una educación especial. El centro de la acción es un liceo de muchachos. Uno de los profesores, el único que ha conservado su libertad de pensamiento, tiene el valor de decir en clase que los negros son también hombres. Denunciado por sus alumnos, es objeto de una investigación policiaca, seguida

paso a paso. Durante las vacaciones, sale de excursión con su grupo de escolares. En realidad, se trata de un periodo de instrucción pre-militar. Un muchacho, en el cual han encontrado asilo todos los vicios de su edad, roído por una curiosidad mórbida, mata en el bosque a uno de sus camaradas. El crimen es atribuido pérfidamente al profesor, que, al fin, consigue desenmascarar al asesino. Las escenas se desarrollan rápidamente, dramáticas, brutales.

¡Cuánta tristeza, amargura, repugnancia, se apodera del lector que cree aún en la pureza y la inocencia de la adolescencia! Estos muchachos son violentos, crueles, cínicos, los unos dominados por la bestialidad, la mayor parte corrompidos, un gran número mentalmente anormales, de una sexualidad precoz, obsesionados por la idolatría del partido, por los slogans del orgullo racial. Repiten a coro las fórmulas que exigen solamente un gesto para convertirse en acciones «heroicas»: de la delación al terror sistemático, de las querellas al crimen sádico, todas sus hazañas no tienen otra finalidad confesada que el deseo de complacer al jefe de grupo, y, a través de él, al jefe supremo, al Führer. Servilismo consumado por la ambición, el descaro, engendrados por el odio y la mentira. Y un orgullo macho, el orgullo del sexo fuerte, de la camaradería que no es más que una servidumbre dirigida en todas las circunstancias, grandes o pequeñas, de la vida social o de la vida individual. Esta existencia no es más que una parodia de la disciplina espartana, alterada por vicios patentes o ocultos.

La juventud fascista y nazi vive bajo el «signo de Piscis», como decía un sacerdote filósofo al profesor perseguido por sus pequeños tiranos: «Así pues, usted y yo, mi querido colega, representamos, desde el viejo Adán, dos generaciones, y los pillastres de su clase representan, así mismo, otra generación... Yo tengo sesenta años; usted tiene cerca de treinta y esos condenados cuentan alrededor de catorce. Ahora, ¡cuidado!: son las experiencias de la época de la pubertad, sobre todo en el sexo masculino, las que son decisivas para la formación general de toda la vida.»

Para la generación a la que pertenece el mencionado filósofo, el problema más importante, casi el único problema general de la pubertad, era la mujer, pero ella le faltaba. De suerte que la experiencia más visible de estos años, era la auto-satisfacción con todas sus consecuencias de antaño (salud quebrantada, etc...). «En otros términos, nosotros tropezamos con la mujer y nos deslizamos en la guerra mundial. Durante nuestra pubertad, querido colega, la guerra llegó precisamente a su apogeo. Los hombres faltaban y las mujeres eran más acogedoras. Uno no tenía mucho tiempo para pensar en él mismo, porque la especie femenina mal alimentada sexualmente había invadido nuestra juventud. ¡La mujer no era ya una santa para vuestra generación! he aquí por qué los hombres de su edad no serán jamás dichosos, porque en el rincón escondido de vuestra alma languidecéis, sumidos en el sueño ideal de una mujer pura, sublime, ilusoria –dicho de otra manera, en la rebusca de vuestra propia satisfacción. Esta vez las mujeres han chocad con ustedes, jóvenes, y se han deslizado hacia la masculinización.»

La mujer deportiva, la mujer soldado, la mujer mecánico, la mujer llena de una erudición estéril: tantos otros tipos «que destruyen la imagen ideal de la feminidad. ¡Quién podrá entusiasmarse a la vista de una Venus que lleva un saco a la espalda!» –exclama el viejo pastor. «La desgracia de la juventud de hoy es que no remonta la crisis de la pubertad, como debería: lo erótico, lo político, lo moral... todo ha sido metido en el mismo saco y mezclado. Además, demasiados desastres han sido festejados como victorias». «Los sentimientos más íntimos de la juventud han sido explotados por todos los charlatanes, a la vez que, por otra parte, se les sirve todo en bandeja: no tienen más que copiar cuanto se les explica por la radio, y reciben así los mejores puntos». «Si los muchachos leen todavía, es para tener algo de qué burlarse. Viven en el paraíso de la estupidez y su ideal es la burla. Pronto hará frío; es el signo de Piscis... El alma del hombre tiende a inmovilizarse, como las escamas de un pescado.»

En cuanto a las muchachas de la misma edad, he aquí como las ve un chico cuando pasan en grupos por la calle (ellas también son llevadas de excursión y obligadas a buscar por los matorrales el cadáver de un aviador).

«Señor profesor, mire usted lo que viene allá abajo, esa tropa en marcha.»

Unas veinte muchachas avanzan al paso militar: llevan una pesada mochila a la espalda y cuando están cerca nuestro oímos sus cantos. Cantan con voz aguda, con voz de grillo, canciones militares. B. ríe estruendosamente. Cuando las muchachas se detienen ante el campo de los chicos, el profesor habla con la cheftana: «Las señoritas nos miran fijamente, como vacas en el pasto... A decir verdad, estas criaturas no tienen nada de atrayente. Sudorosas, sucias y mal arregladas, no ofrecen ninguna imagen agradable.» La maestra, adivinando el pensamiento del profesor, le explica: «Nosotras no tenemos en cuenta los adornos ni las tonterías; nosotras somos las Amazonas. Pero las Amazonas no son más que una leyenda, mientras que vosotras sois una realidad. Solo somos pobres muchachas mal guiadas...»

Pero existen también legiones de Evas que viven libremente en el bosque con una banda de jóvenes atrevidos. Una de ellas, una huérfana, se convierte en una pequeña salvaje, audaz y desvergonzada. Uno de los chicos la encuentra en el bosque sola y ella no hace aspavientos cuando se trata del amor.

He aquí un extracto del «Diario» del alumno:

«He llegado a la ladera del bosque y desde allí podemos distinguir el cantonamiento en la lejanía. Ella se ha detenido y me ha dicho que debía regresar y que me daría un beso, si le prometía no decir a nadie que la había encontrado allí.

—¿Por qué? –le he preguntado.

—Porque no quiero —me ha contestado.— Le he dado la seguridad necesaria y me ha dado un beso en la mejilla.

—Esto no cuenta —le he dicho— Un beso vale solamente cuando se da en la boca.

Me lo ha dado, pero al mismo tiempo me ha metido la lengua dentro de la boca. Le he dicho que era una cerda para permitirse hacer algo semejante. Ella se ha echado a reír y me ha besado nuevamente. Yo la he dado un empujón. Entonces ha cogido una piedra y me la ha tirado. Si me hubiese dado en la cabeza, me habría matado. Se lo he hecho observar. Me ha contestado que poco le importaba.

—Te habrían ahorcado.

Ha confesado que descontaba terminar así, un día u otro.»

Es esto, sin duda, lo que llaman amar en la Hitlerjugend. Violencia, bestialidad, cinismo. Pero la escena continua:

«De nuevo me ha metido la lengua en la boca. Yo me he enfadado, he cogido una rama de árbol y la he golpeado... sobre el dorso, en las espaldas. Ella se ha caído sin dar un grito. He tenido miedo, creyendo que la había matado, pues no se movía.

—Si está muerta —pensaba yo— la dejaré ahí y haré como si no supiese nada... Pero debe fingir. He visto muchos muertos, y tienen otro aspecto. Cuando era un niño, vi a un policía y a cuatro obreros yaciendo sin vida. Era en el curso de una huelga. —Espera, pensaba yo— quiere solamente hacerme miedo... Levanté poco a poco los bajos de su vestido... Ella se estremeció y me atrajo salvajemente sobre su cuerpo... Cerca de nosotros, había un gran hormiguero. Yo le prometí no decir a nadie lo que habíamos hecho. Ella echó a correr y yo olvidé preguntarle como se llamaba.»

«Nos hemos amado» escribe el muchacho en su diario, en el que incluso anota la ausencia de ropa interior en su «partenaire» de un momento. Pero ni él, ni ninguno de los de su edad, saben lo que es el verdadero amor.

—¿Qué sensación es, pues, la del amor? —se pregunta— «Creo que se parece a la del vuelo. Pero sin duda, volar es más bonito.» Desgraciadamente, esta juventud no vuela nunca. Se arrastra por el fango, aplasta a los débiles, pega en lugar de pensar; busca fuertes sensaciones, en vez de cultivar nobles sentimientos.

En cuanto a la vida de familia, se conocen suficientemente los graves conflictos que estallaron entre padres e hijos bajo el régimen nazi. Los padres y sus amigos son los prisioneros de estos pequeños chantajistas y delatores. ¡Cuán inmenso es el número de padres desaparecidos a consecuencia de una denuncia de sus vástagos, sujetos a sus verdugos con camisa parda!

En el tribunal donde se juzga el crimen del joven de «ojos de pez», antes citado, la madre mira fijamente a Z:

«—¿Pretendes que miento?

—Sí.

—Yo, no miento nunca —grita ella de pronto, muy fuerte— No, yo no he mentado en mi vida; pero tu mientes siempre. Yo digo la verdad, nada más que la verdad; mientras que tú solo quieres defender a esa guarra de hembra, a esa mala pécora.

—No es una mala pécora.

—Cállate —prorrumpie la madre, más y más excitada— Sólo piensas en esa miserable haraposa, pero nunca en tu pobre madre.

—Esa muchacha vale más que tú —replica Z.

—¡Silencio! —grita el presidente, sublevado— Y condena a Z. a dos días del cárcel por insultos a testigos. Es inculicable tu actitud para con tu madre. Esto me dice lo bastante!»

Creo estas citas suficientes para mostrar lo que es «la educación de la juventud en un Estado totalitario». Pero el libro de Odon de Horvath es una novela. Y la novela es antes una ficción que una realidad —se puede objetar. Al contrario, novelas como esta son demasiado pálidas, demasiado ordenadas y estilizadas, incluso cuando están rigurosamente documentadas y ponen en escena personajes y hechos reales. El film mismo no podría reproducir completamente la ignominia de estas generaciones podridas, de máscaras herméticamente cónicas, arrastradas por el torbellino de todas las Negaciones.



## IV

### **La juventud nazi durante la guerra mundial. – De la Hitlerjugend a los S.S. y a los S.A. – La voluptuosidad de matar y de destruir. – La locura fría, la crueldad convertida en una segunda naturaleza. – «Lustmord». – «Los Golems» asesinos. – «Cuentos de esos años», por Ilya Ehrenburg. – Correlaciones psico-psíquicas entre los horrores de la guerra y las anomalías sexuales. La jerarquía de los verdugos. – Virilización y militarización. – Un símbolo del sadismo sexual; el «affaire» del campo de Domtau. – La carrera hacia el abismo. – Auto-destrucción y suicidio colectivo.**

Si alguien duda todavía de la realidad de un mundo tan fuera de eje como el de la juventud fascista y nazi, de una deshumanización que sobrepasa todos los límites de la animalidad (pues el animal, incluso la bestia salvaje de los bosques, obedeciendo a sus instintos que son limitados, no se preocupa de sublimizar su bestialidad, haciendo de ella un dogma racial, forjando divisas de exterminación, creando «ideales» de esclavización y de hegemonía universales), si alguien cree todavía que el turbio período de la adolescencia educada bajo el signo de la cruz gamada será seguido por la aparición de la razón y por el equilibrio de los sentidos, cabe recordar entonces las acciones de la «Hitlerjugend» durante la guerra mundial.

Después de una severa «preparación», el adolescente era enrolado en los batallones de la muerte, en esos famosos regimientos S.S. y S.A., es decir, de asesinos iniciados en el arte de matar, no solamente por medio de todas las torturas que manchan la historia de los pueblos guerreros de la antigüedad, sino también por los medios más crueles y refinados de destrucción «científica», aplicados sin ningún escrúpulo en los países invadidos por las hordas motorizadas.

Esta juventud hitleriana, que, sabía matar a pedradas a los compañeros de liceo, «amar» en los bosques a huérfanas salvajes, ha satisfecho abundantemente, durante la guerra y la ocupación de los países invadidos, su sed de sangre, ese «Lustmord» ese odio lleno de voluptuosidad, que consiste en hacer picadillo de sus enemigos, sin distinción de edad ni de sexo. Desde los niños cogidos por la pierna, y estrellados contra la pared, o lanzados al aire como pelotas, para ser «fusilados» durante su caída o cogidos en el aire con la punta de las bayonetas, hasta las centenas de millares y de millares de internados en los campos de la muerte (¡cuantos murieron en ruta!) dejados morir de hambre, de frío, presa de las enfermedades, o martirizados con toda suerte de torturas, asfixiados en las cámaras de gases, enterrados vivos, sirviendo de cobayos para los nuevos venenos descubiertos por sabios diabólicos... Es incalculable el número de víctimas de tal locura fría y sin embargo lúcida, de una crueldad convertida en segunda naturaleza, que se prodigaba en excesos, arrastrada por su propio frenesí hacia todos los abismos de la destrucción, de la muerte repugnante que no conservaba ni aún las formas *humanas* de la descomposición.

La economía de guerra nazi industrializaba las masas de cadáveres para extraer de ellos el jabón que servía para lavar las camisas de los verdugos, para empavesar con huesos calcinados las calzadas que atravesaban los autos de los «vencedores», para abonar con las cenizas de los hornos crematorios las tierras laborables que debían nutrir a los aprovechadores del régimen y a sus esbirros, sumisos como robots.

Aún no se ha reunido todo el material documental de estos desafueros, a los que yo no llamaré infernales, sino pura y simplemente nazis. Solo dentro de algunas decenas de años se escribirá la verdadera historia de esta «guerra total» que solo fue una matanza furiosa perseguida entre convulsiones rabiosas y abyecciones sin cuento. Y si los escépticos o los cínicos se extrañan de algo que niegue la realidad de la generosidad humana, se preguntarán cómo fueron posibles semejantes horrores, cómo quedaron todavía víctimas supervivientes de los campos de exterminación, al llegar «los años libertadores».

Citemos, por ejemplo «Cuentos de esos años», de Ilya Ehrenburg, testimonios que no son florilegios literarios, sino gritos patéticos de la conciencia humana herida y expoliada. Abramos el libro al azar. He aquí «El fin del Ghetto», donde los primeros condenados se resuelven, en el exceso de su sufrimiento, a rebelarse contra los verdugos; quieren a lo menos morir como hombres dignos y lúcidos, y no como bestias en el matadero. Fomentan un complot, reúnen armas, combaten hasta el último suspiro.

«El peletero Zeilic formaba parte del Comité de insurrección. Le han torturado toda la noche y luego le han tendido sobre un asador al rojo vivo. El «Rottefurher» Geise se tapó la nariz con su pañuelo: tan mal sentía. El peletero pronunció el nombre de Kogan (el jefe de la insurrección), y cayó inanimado. Murió sin recobrar el sentido.

Pero, cuando Jost, el vigilante del Ghetto, pregunta a los rebeldes donde se oculta Kogan, este se presenta espontáneamente. Abraza a Lia Levit, diciéndole:

—Tu quizá llegarás a vivir otra primavera.

—Enseguida se va y los soldados le llevan ante Jost, que ensaya en vano de hacerle hablar.

—Podéis quemarme como al peletero Zeilic, dice Kogan; moriré, pero no me arrancaréis ni un solo grito. Yo estoy hecho de otra manera. Comprendedlo bien: yo os odio.

—Miraba a Jost a los ojos sombríos y rodeados de ojeras. Jost ordeno que le saltarán los ojos. Kogan no habló.

Calló, cuando le arrancaron las uñas y también cuando le aserraron las piernas. Murió siempre silencioso y por la mañana los alemanes sacaron su cadáver hecho pedazos.

Los insurrectos combatieron hasta el fin. Lia también hacia fuego sobre los alemanes. Los soldados la rodearon.

Ghers se precipitó y lanzó una granada sobre Lia.

Llevaron ante Jost al viejo Ruttman, una noche, después que los alemanes se hubieron encarnizado sobre todas las víctimas. Jost estaba alegre: cuando vio al viejo, se echó a reír:

—¡Ah, he aquí al último de los Ahasverus! El anciano se lanzó sobre Jost, al que abrió el vientre con un cuchillo que tenía escondido. Lázaro terminó el relato exclamando:

—Era verdaderamente el Dios de la venganza.»

He aquí un caso entre millares, decenas de millares. Sabemos que el deseo de venganza estalla, en la gente evolucionada, demasiado tarde o jamás. Pero ellos, los verdugos, ¿qué tenían que vengar? Aislados en su propia ignominia, ya no podían contenerse: Debían exterminar el mayor número posible de enemigos (el mundo entero, para ellos, estaba lleno de enemigos), aniquilar a los pueblos *degenerados*, los rebaños de esclavos, para dejar sitio al sol, al HerrenvoIk...

Si alguien pregunta qué relación hay entre estas matanzas en masa y el problema de las anomalías sexuales que hemos expuesto al comienzo de estas páginas, debemos contestarle:

Los horrores realizados por los ejércitos alemanes, la Gestapo y las bandas de los S.S., han sido posibles justamente porque la «instrucción» que se les ha dado en las escuelas del odio y del crimen, tuvo por así decirlo, como base, el principio de la primacía masculina, pero alterada por una camaradería dudosa, hipócrita y autoritaria.

Esta falsa camaradería excluía toda idea de igualdad entre hombres y mujeres; y entre- hombres establecía una escala jerárquica –de arriba abajo– de sujeción ciega hacia los grados superiores, de sujeción de todos a un Führer supremo, tiránico y sanguinario.

Semejantes «virilización» y militarización que transforma el país entero en una cárcel y en un cuartel, debía forzosamente acentuar las taras hereditarias, los impulsos sádicos, los vicios apenas enmascarados de millones de anormales sexuales. Para estos, la violación era, durante la guerra, la voluptuosidad más embriagadora. Podían matar, desvalijar y sobre todo violar a seres a los que ellos no podían amar que rechazaban horrorizados sus apetitos monstruosos. Y los invertidos de toda clase, los activos y los pasivos, los que antes se prostituían por dinero y los que eran predispuestos por naturaleza, encontraban al fin en la destrucción de los valores morales, provocada por el caos de la guerra, la posibilidad de dar libre curso a sus instintos –no importa donde, no importa cuando, no importa como; ellos que durante tanto tiempo habían vivido obsesionados por la amenaza del artículo 175 del Código Penal.

Y no encontramos símbolo más significativo de esta inevitable correlación entre los horrores de la guerra y las perversiones sexuales, que un hecho relatado por el comandante Juvicov en un artículo titulado «El campo de la muerte» (diario «Era Nouá», Bucarest, 14 junio 1945). Después de haber mostrado cual fue el trato infringido a millares de deportados políticos en el campo alemán de Domtau, donde morían del tifus, de frío, de hambre; despedazados por perros amaestrados a este efecto, segados por las ametralladoras, etc..., el autor describe algunas invenciones de los alemanes insatisfechos de los antiguos métodos de tortura. Menciono una de ellas:

«El prisionero de guerra Nicolás Rassacazov cuenta: Los alemanes hicieron instalar en nuestra barraca una polea a la cual suspendieron un hilo eléctrico. Cuando, la noche siguiente, entraron en la barraca, yo pensé que mi fin había llegado. Cerca de mí yacía un camarada herido. Le arrancaron los harapos que le servían de vestido. Después ataron el hilo al órgano genital del desgraciado y los alemanes empezaron a remontar la correa. Después, en medio de las carcajadas y los gritos salvajes, lanzaron a la calle al hombre, mutilado.»

Este hecho es verdaderamente un símbolo típico del sadismo sexual que se desencadenó, en un paroxismo de voluptuosidad, en plena *guerra total*, entre las hordas de especialistas del crimen y de la destrucción. Los horribles sueños de los adolescentes educados en las escuelas-cuarteles y los campos hitlerianos; las obsesiones de los muchachos en las oficinas y los talleres, infiltrados por todas partes en los otros países (pues el espionaje y la delación eran considerados como las virtudes elementales de un buen «hijo de la patria») – todas estas impulsos contra-naturaleza, mejor unisexuales que hetero-sexuales, por mucho tiempo combatidos, encontraron terreno propicio en los campos de batalla y los lugares de exterminación. Ningún escrúpulo moral, ningún estremecimiento de la conciencia, salvo en muy raras excepciones!

Ni el temor de la venganza, ni la voz anunciadora de la derrota final que debía venir con las sanciones espantosas de la justicia y de la humanidad pudieron impedir a estos posesos, a estos invertidos físicos y mentales –para los que el mal era el bien, el odio era el amor y la fealdad la belleza–, que llegasen hasta el fin del camino donde la destrucción y el asesinato debían volverse contra ellos y el pueblo alemán entero, en un delirio de autodestrucción y de suicidio colectivo.

## V

### **La mujer alemana bajo el régimen nazi. – Las máquinas de hacer hijos. – La superpoblación, uno de los motivos del imperialismo político y factor de guerra. – El martirologio de las mujeres socialistas y antifascistas. – El trato infringido en las cárceles y en los campos. – Testimonios de Lotte Fraenck y de Ida Schwartz. – Un episodio en el hospital Rostchild de París; las seis enfermeras. – « Vengo de Auschwitz». – Los partos de las mujeres en los campos. – La masacre de los recién nacidos.**

Hemos mostrado, en las páginas consagradas a la juventud hitleriana, cual era la «concepción» de los muchachos en lo que concierne al amor y como fueron consideradas en general las jóvenes alemanas, masculinizadas por una educación semejante, cuya severidad fue reforzada por una mentalidad de tribu, por los fetichismos raciales y por el culto bestial de la fuerza.

En cuanto a la mujer alemana, su situación fue agravada bajo el régimen nazi: ya, desde, 1934, en el programa mínimo del partido nacional-socialista, se revelaba la tendencia a reducir la misión de la mujer a la cocina y a la maternidad.

Ella debía ser una «máquina de hacer hijos», el mayor número posible, pues las dictaduras estimulaban, por medio de toda clase de premios y de ventajas, el aumento de la natalidad –es decir, la superpoblación, para justificar su imperialismo político y belicoso. Carne de cañón, carne de trabajo forzado para los privilegiados del Estado totalitario, y para sus funcionarios, todos uniformados. Si las mujeres alemanas no fueron militarizadas, por otra parte se vieron sistemáticamente apartadas de la vida profesional, aunque gran número de ellas poseyeran títulos universitarios.

Incluso aquellas que eran miembros del partido nazi protestaron al principio contra estas exclusiones, inevitables no obstante en un sistema de «camaradería» exclusivamente masculina.

Ante todo, ellas debían traer al mundo muchos hijos y educarlos, desde su más temprana edad, para la «gloria de la raza elegida», del pueblo destinado a dominar al mundo. Un profesor alemán –como relata la British United Press, junio 1934– contestó a una mujer que quería evitar la maternidad por motivos de orden fisiológico: «No se permite interrumpir el embarazo mientras resten a la mujer un dos por ciento de posibilidades de sobrevivir. Al Estado le interesan más los niños que las madres.»

Un dogma político, que pretende que el niño pertenece al Estado aún antes de frecuentar la escuela, no puede considerar a la mujer como una ciudadana igual en derechos al hombre. Ella debe obedecer tan ciegamente como los robots del asesinato y de la destrucción : *Perinde ac cadáver*.

Si las mujeres nazis eran tan mal tratadas por los privilegiados de su partido, se imagina fácilmente con qué furor las bestias salvajes de la Gestapo y de las secciones de asalto se lanzaron sobre las animosas alemanas que osaron luchar contra el régimen. En sus expediciones punitivas contra los que se negaban a aceptarlo, no hacían ninguna distinción de sexo ni de edad.

Muchas mujeres, las muy jóvenes como las de mayor edad, han sido horriblemente torturadas en el curso de los largos interrogatorios nazis; las torturas solo se diferenciaban por su amplitud de las que se usaron durante la guerra. De 1939 a 1944, las mujeres socialistas y antifascistas, constituyendo inmensos rebaños de prisioneras, fueron conducidas, desde todos los rincones del Reich, hacia los campos de concentración.

Los hechos relatados por Lotte Fraenck, «El Martirio de las mujeres bajo el tercer Reich», conservan, después de diez años, el acento de dolorosa indignación de la dignidad femenina cruelmente ultrajada.

Bastantes mujeres alemanas, que no abandonaron su solidaridad socialista, su idealismo supra-nacional, han sido implicadas en los célebres procesos que se desarrollaron ante el «Tribunal del pueblo» –que era, en realidad, la antecámara de las torturas (¿para qué enumerarlas aquí?)– a que estaban sometidos los adversarios del régimen. Una simple carta recibida del exterior, podía ser el pretexto de un proceso por «el crimen de sostener relaciones con el extranjero». Y esto significaba, de acuerdo con el decreto sanguinario de Goering, la pena de muerte.

En cuanto al régimen de las mujeres en las cárceles «se concibe difícilmente que haya habido hombres capaces de entregarse a tales orgías sádicas. Solo se comprende, cuando se piensa que una parte de estos hombres eran individuos desequilibrados, enfermos mentalmente, mientras que la otra parte se atenía únicamente a la proclamación del Führer ordenando que el adversario fuese implacablemente exterminado». Golpes de matraca y de cuerdas de buey, puñetazos en la cara, heridas graves a las que no se cuidaba; de todas las atrocidades fueron víctimas las mujeres en las cuevas y en los cuarteles de los S.A. desenfrenados en la más crapulosa bestialidad. En fin, algo monstruoso e indescriptible.

Es así como se expresa Lotte Fraenck en su breve «martirologio» escrito al comienzo de la dominación nazi, cuando «toda Alemania no era más que un vasto campo de concentración y donde toda nota humanitaria era rigurosamente ahogada». ¡Y cuando se piensa que en esta época los acusados eran todavía juzgados por un tribunal, que la justicia alemana conservaba todavía un simulacro de equidad! Pero pronto la crueldad y el cinismo nazis se despojaron de toda máscara.

Si esa fue la suerte reservada a las mujeres alemanas, es inútil preguntarse cual fue la actitud que adoptaron en relación de las mujeres de los países invadidos las hordas de verdugos (entre los que se contaban también muchas mujeres alemanas, guardianas de campos de concentración, que con frecuencia se mostraron más implacables y más imaginativas que los hombres, en lo que a inventar suplicios se refiere). Esos profesionales de la tortura fueron enseñados como perros feroces para lanzarlos sobre pueblos «inferiores, degenerados, bárbaros». Crímenes, atentados, violaciones, mutilaciones... Todo esto realizado en una proporción que sobrepasa los medios de expresión que podamos emplear; todo esto ejecutado con la fría crueldad característica del «orden» y de la ciencia venal sujeta a los más apocalípticos «proyectos de depuración» del mundo por el asesinato y el incendio que se puedan concebir.

He aquí un ejemplo de mutilación mortal de las mujeres, tan espantoso como la mutilación de los hombres –y al mismo tiempo tan simbólico en lo que concierne a la correlación entre los horrores de la guerra y el sadismo sexual. Uno de los testigos citados en el proceso del mariscal Pétain, Ida Schwartz, jefe de un grupo de resistencia en Francia, ha relatado, entre otros, el episodio siguiente:

«Durante la ocupación nazi, estaba prohibido a los médicos arios prodigar sus cuidados a los judíos. Se les señaló un solo lugar de consulta en París, el hospital fundado por Rostchild. Da vez en cuando este hospital era rodeado por la Gestapo que se llevaba a cierto número de enfermos para agregarlos a los famosos convoyes enviados a Alemania. Seis enfermeras se pusieron en contacto con el movimiento, de resistencia para enviarles los enfermos que debían ser así deportados... Un día, sabiendo que una importante batida estaba prevista, las enfermeras liberaron a ocho judíos, a los que condujeron hasta el movimiento clandestino. Pero hubo un traidor, no se sabe quien, no se sabrá quizá jamás. Al día siguiente, todos los enfermos fueron obligados a salir al patio, donde helaba hasta congelar las piedras; en su presencia las seis enfermeras fueron cruelmente golpeadas y tendidas sobre el suelo. Los bandidos de la Gestapo les hundieron entonces clavos de madera en los órganos genitales hasta que ellas sucumbieron» (1)

Lo que sufrieron las mujeres en los campos de concentración y en las prisiones no es en nada inferior a las torturas infringidas a los hombres. Estos, si nos limitamos solamente al hecho sexual, podían ser esterilizados o castrados; pero las mujeres violadas, las niñas destrozadas (pues la edad no se tenía para nada en cuenta cuando se lanzaban a la orgía sanguinaria) cosechaban, además de las enfermedades venéreas, el fruto más odioso, el más insoportable en ese desencadenamiento de pasiones desnaturalizadas: el embarazo.

Muchas de ellas morían en los alumbramientos o eran sacrificadas antes de parir –pues el imperativo de la «pureza de la raza» no permitía a esos brutos con figura de hombre el perpetuarse con mujeres de los pueblos inferiores. Estas no podían ser más que carne de placer, carne fresca para saciar el frenético «Lutsmord» –la voluptuosidad de matar– no sangre para procrear.

Y sin embargo, en algunos campos de concentración, las mujeres daban a luz. Se les dejaba alumbrar para que sus sufrimientos y sus humillaciones llegasen hasta los últimos límites de la resistencia humana, «¡Por encima del bien y del mal!», esta declaración no era ya la vana divisa metafísica creada por la pluma del desgraciado Nietzsche: fue una realidad en un mundo donde reinaban la locura sardónica y la ferocidad implacable para las que no existe remedio, para las que sólo cabe el aniquilamiento consumado en su propia hipertrofia y en su misma repugnancia.

\* \* \*

Quisiéramos reproducir por entero el artículo de una mujer deportada «Yo vuelvo de Auschwitz» («Renasterea Noastra», Bucarest, nº del 16 junio 1945). La autora, Mimi Grünberg, escapó por azar a la cámara de gases y al horno crematorio.

Conoció toda la gama de los sufrimientos y de las humillaciones, imposibles de describir con palabras y que sólo pudieron sentir los que la han sufrido. En este artículo ella se dirige a las mujeres afortunadas que tuvieron la suerte de vivir, durante la matanza, su existencia perezosa, confortable y vacía –las que, si llegaban a procrear, eran cuidadas en clínicas, en habitaciones llenas de flores y que «saludaban al pequeño ser febrilmente esperado».

«Y yo he visto –¡escuche usted bien, señora!– una mujer también querida y mimada un día por los suyos, dar a luz a un niño en el campo de concentración de Auschwitz. Llovía a mares sobre el techo de la barraca de madera, por encima del cuerpo contorsionado por los dolores del alumbramiento. La mujer se retorció de sufrimiento sobre el cemento húmedo, empapado por el fango que traían de afuera millares de pies, contemplada por millares de ojos. Mil mujeres la vieron en el fango, el cuerpo medio desnudo, bañado en su

(1) Podrían reproducirse, de acuerdo con las informaciones facilitadas por los diarios, mucho hechos de este género. Contentémonos con citar un telegrama de Londres, relativo al proceso de Luneburg, donde fueron juzgados Josef Krammer y 45 otros acusados: «Estos dieron muestras de inquietud en el curso de la deposición de los testigos que relataron como en los campos de concentración de Belsen y de Auschwitz los detenidos eran golpeados hasta infringirles la muerte y que los médicos de los S.S. hacían experiencias sobre los prisioneros. Un médico hizo transfusiones de sangre de mujeres pertenecientes a un grupo sanguíneo a internadas pertenecientes a otro grupo. Todas estas mujeres cayeron gravemente enfermas y muchas murieron. Un otro médico S.S. intentaba experiencias de esterilización sobre muchachas con ayuda de rayos que destruían sus órganos genitales. Otro testigo de la acusación ha citado el caso de una internada a quien el médico clavó sobre el pecho una placa de metal por la que hizo pasar la corriente eléctrica sin que antes fuese previamente insensibilizada. Otros testigos han explicado así mismo que una vez las experiencias terminadas, las víctimas supervivientes eran enviadas a la cámara de gases.» (Timpul, Bucarest, nº del 5 octubre 1945).

propia sangre. Destrozamos nuestras camisas sucias para envolver a la criatura. He visto a un pequeño, morado de frío, tendido sobre el cemento fangoso, gimiendo bajo la lluvia que inundaba su cuerpecito. A pesar de este sacrificio, la madre no pudo conservar a su hijo: se lo llevaron allá abajo, donde todos nuestros hijos, tan hermosos, tan gentiles como los vuestros, encontraron la muerte: la cámara de gases y el crematorio.»

Esta criatura –y aquí está lo sublime de la maternidad, trágica y sagrada– era un hijo deseado, incluso en el más profundo abismo de la miseria y de la ferocidad. Fue concebido en el hogar familiar. Pertenecía a la mujer deportada y al esposo que agonizaba en otro campo de concentración, si no estaba ya muerto. Este niño pertenecía a una madre de un país invadido; más todavía: era el retoño del pueblo más blasfemado, el más miserable, el más martirizado que existe y que erra a través del mundo, el pueblo sin tierra propia –un pueblo «degenerado», una raza «vieja y podrida» que debía ser totalmente exterminada de la faz de la tierra. Este niño nacido sobre el fango ensangrentado del campo de concentración de Auschwitz, en el Reich sacrosanto de la «raza pura», del pueblo de los señores del mundo», este niño era, pues, judío. Y debía perecer como los otros niños de los pueblos inferiores, estos pueblos compuestos de esclavos y de bárbaros –después de haber nacido entre indecibles sufrimientos– para satisfacción suprema de estos dementes de sangre fría, ceñidos con la sombría armadura del odio y del crimen, que querían dominar al mundo entero, como decía el viejo pastor de «Juventud pagana», bajo el signo de Piscis –la era milenaria, lívida y glacial, de una humanidad estúpida, castrada, arrastrándose a los pies de un Fürher, iel soberano único, incomparable y todopoderoso!

## VI

**¡Si se hubiese aplicado a tiempo la ciencia eugénica a los padres de Adolfo Hitler!  
– La biografía del Fürher debería ser escrita. – La genealogía de los dictadores. –  
Los pueblos en la encrucijada de su destino. – La advertencia del Prof. Dr. G.  
Marinesco. – Eugénesia positiva y eugénesia negativa. – La esterilización como  
arma política. – La aplicación de la ley eugenica en el III Reich. – Los tribunales  
eugenicos. – Las «medidas utópicas» convertidas en normas de exterminación. –  
¡Los locos transformados en educadores! – Descubrimientos de las comisiones de  
encuesta. – El «Herrenwolk» se devora a sí mismo. – La profilaxia social en los  
países super-poblados. – La paz debe ser obtenida por la ciencia eugénica. – La  
verdadera higiene de la especie humana. – La esterilización de los sub-hombres y  
de los «criminales de guerra».**

Si, en la época del nacimiento de Hitler, la ciencia eugénica hubiese llegado al punto de desarrollo teórico y práctico que nosotros conocemos hoy, es posible que un médico perspicaz –después de haber examinado a los padres del Fürher, sus hermanas, y estudiado la genealogía de las familias emparentadas– hubiese descubierto en esa extraña criatura, los signos anunciadores del tirano sanguinario que debía dominar durante doce años ochenta millones de seres e intentar la experiencia más temeraria de sometimiento del mundo jamás ensayada.

La biografía de Hitler debe ser reescrita a la luz de las informaciones recogidas a consecuencia de las investigaciones científicas desembarazadas de mentiras y de embellecimientos oficiales. Se sabe que es hijo del segundo matrimonio de un padre más que mediocre, que no se contentó con los vástagos engendrados en un primer matrimonio. Por otra parte, ¿qué papel ha desempeñado en la infancia del Fürher la influencia materna? Es solamente por una genealogía rigurosa –como la que ha sido establecida en América relativa a los 2.820 descendientes degenerados de la célebre Ada Juke– como se podría demostrar una vez más cuan vital es para la humanidad el conocimiento de las predisposiciones y de las taras hereditarias.

Pues los grandes y los pequeños delincuentes –ladrones, asesinos, desvergonzados, alcohólicos, sifilíticos, dementes, sádicos, etc...– no ejercen solamente sus tendencias malhechoras en la «vida privada» sino en una medida más grande todavía en el dominio político-social. Si el padre del Fürher hubiese sido esterilizado a tiempo o si a su madre se le hubiese impedido llevar a término su embarazo, es cierto que la humanidad hubiese contado con un verdugo menos; y no es exagerado decir que los numerosos, muy numerosos desastres que encontraron su fin en la guerra mundial de 1939-1945 hubieran podido ser evitados.

Y lo que aquí decimos de Hitler, se aplica también a Mussolini, que hizo reinar durante veinte años del azote del fascismo sobre Italia y en los países latinos, igual que a una serie de «dirigentes» –serviles imitadores de los grandes tiranos– que presentan las mismas deficiencias físicas, mentales o psíquicas. Se trata, pues, de una categoría de malhechores políticos, en el sentido más brutal y más odioso de la palabra, rodeados de ejércitos enteros de lacayos y de esbirros, celosos ejecutores de sus órdenes.

Hemos expuesto en otras obras ese problema central de la vida pública («Humanitarismo y eugenismo»; «Freud y las verdades centrales», etc...) y no queremos volver aquí sobre ello. Pero insistimos sobre la necesidad de ver aplicadas las leyes de la eugénesia, negativa y positiva, si queremos beneficiar realmente de la paz y gozar de un nuevo orden de cosas, nosotros supervivientes de la segunda guerra mundial; nosotros y nuestros sucesores. Todos los tratados de paz, todas las reformas sociales, todas las convenciones económicas y «arreglos» culturales o políticos, serán inútiles en tanto que el mal no sea extirpado de raíz. Ante todo, la solución del problema pertenece a la medicina social –es decir, a esta vasta acción de estudio de las causas disgénicas y de represión de las tendencias mortíferas y destructivas, manifestadas por centenares de millares y de millones de individuos instruidos en las escuelas y los campos militarizados.

«Podría decirse que todos los pueblos están destinados, en un momento dado, a la transformación, a la degradación e incluso a la desaparición. Y esto depende de la suma de energías morales, intelectuales y físicas que posee un pueblo; de suerte que lo que resta del pasado histórico de este pueblo es una huella dolorosa. Otros pueblos han dejado rastros luminosos por sus obras en el dominio del bien, de la belleza y de la verdad. Pero estas obras están en relación con la energía de los pueblos. Y lo que es más extraño es que es justamente el hombre, que ha realizado milagros que han hecho de él el rey del universo; justamente este hombre que ha sabido descubrir el fuego, que ha captado la electricidad de las nubes, que ha descendido al fondo de los océanos y que, en fin, ha montado sobre la estratosfera; el hombre, que ha vencido al tiempo y a la distancia, este hombre, justamente, cuando se trata de conocerse a sí mismo, permanece en la ignorancia. He aquí por qué la frase de Sócrates: «Conócete a ti mismo», es el consejo de un profundo pensador.»

Estas líneas, escritas por un sabio neurólogo y psiquiatra, el profesor G. Marinesco, en el prefacio de un estudio sobre la ciencia eugénica deben ser meditadas por cuantos están convencidos de que una higiene social, luchando contra los azotes de la fuerza y de la intolerancia, de los dogmas políticos y de las herejías morales, es tan necesaria como el empleo de una higiene individual contra las epidemias y las enfermedades hereditarias. Pues la finalidad perseguida por el eugenismo, como muestra el profesor G. K. Constantinesco, es «de un lado evitar la degeneración del pueblo y del otro asegurar el progreso. El eugenismo tiene, pues, un lado negativo y otro positivo. Dentro de este espíritu, la ciencia eugénica tiene la obligación de estudiar la sociedad para darse cuenta de en qué dirección ella evoluciona, de suprimir los estados decadentes, de detener la multiplicación de hombres moralmente deficientes y de estimular el aumento y la multiplicación de los hombres superiores; de reconstituir la vida familiar allí donde ella se encuentre debilitada, de promover una educación higiénica de la juventud, etc...

Es cierto que la ciencia eugénica empieza a ser aplicada en ciertos países en gran escala. Pero si nos limitamos aquí a lo que concierne a la Alemania nazi, constataremos que esta ciencia fue falseada por uno de los dogmas más mortíferos: el de la «pureza de la raza», el del «arianismo», que, según especialistas reputados, no tiene ninguna justificación biológica, ética ni espiritual. Y el método de la esterilización se convirtió en una terrible arma política, utilizada primero por el partido nazi contra sus adversarios interiores y contra ciertas categorías sociales y extendido después, durante la guerra, a los pueblos y las «razas inferiores».

Según la revista «Deutsche Justiz», la ley sobre la esterilización ha sido aplicada desde 1934 –para dar un solo ejemplo– en la enfermería de la prisión especial de Moabit, en Berlín, a 111 «delincuentes sexuales», que han sido desvirilizados. La ley hacía una distinción entre la esterilización y la castración, pero esta última operación fue puesta en práctica en 1935, no solamente sobre los criminales «incurables» sino también sobre los «enemigos de la patria». En el tercer Reich, la ley eugénica del primero enero 1934, consideraba la castración como una pena accesoria a la condena, y la esterilización como una simple medida de orden público destinada a reforzar «una buena higiene de la raza». Se crearon pretendidos «tribunales eugénicos», que juzgaban cada caso, dictando sentencias susceptibles de casación. Funcionaban 205 tribunales eugénicos y 26 Tribunales de Casación; se había preparado un personal técnico y jurídico en escuelas especiales. Los motivos de esterilización eran la debilidad mental, la demencia precoz, los estados de manía depresiva, la enfermedad de Huntington, el alcoholismo grave, las deformidades corporales, así como la epilepsia, la ceguera y la sordera hereditarias. En 1934, se intentaron 86.256 procesos de esterilización; más de la mitad de estos procesos fueron seguidos de una desvirilización efectiva.

Aplicada bajo el aspecto de una vasta acción de higiene de la raza, la ley sobre la esterilización ha sido extendida a todos los individuos atacados de enfermedades hereditarias. «Se quiso incluso (especificaba en 1936 el profesor G. K. Constantinesco, que ha sido miembro de la Sociedad Alemana de Herencia) llegar por una exageración manifiesta, a la purificación del pueblo alemán, del los pretendidos arios, y se tomaron toda clase de medidas utópicas en esta dirección sobre las cuales no insistiremos aquí...»

Por el contrario, debemos insistir sobre estas «medidas utópicas», pues en los años que siguieron, ellas fueron cruelmente realistas y aplicadas de una forma tan arbitraria y con tanta ferocidad que nos encontramos en presencia de un espectáculo abracadabrante, que sobrepasaba cuanto hubieran podido imaginar un Edgar Poe, un H.G. Wells, e incluso los escritores alemanes, como Hoffman, Evers y Meyring, autores de tantos «cuentos fantásticos». Y se produjo el hecho de que, precisamente aquellos a los que hubiera debido aplicarse la eugénica negativa, la ley de la esterilización provisional o definitiva, para hacerles inofensivos, «los individuos afligidos de enfermedades hereditarias» y aquellos que (por la obsesión de una ideología completamente absurda, por sugestión colectiva o por terror personal) habían llegado a ese grado de exaltación que atesta el desequilibrio psíquico y mental; ocurrió, repito, que esos degenerados y esos malhechores, casi todos incurables, se abrogaron el derecho de aplicar a sus adversarios, en nombre de una pretendida superioridad racial y de una misión «providencial», la ley draconiana de la esterilización y de la castración.

Ella se convirtió en una ley de exterminación de los pueblos subyugados durante la guerra mundial, de las «naciones degeneradas», que debían sucumbir después de haber sido agotadas por los trabajos más pesados en provecho de los «señores nórdicos», y después de haber servido, en multitud de prisiones y de campos de concentración, de cobayos a las experiencias emprendidas por «sabios» que parecían ser el producto de un semen diabólico. Parece incluso que los huéspedes de los asilos de alienados se hubiesen convertido en educadores y médicos de los hombres sanos de cuerpo y de espíritu; pues inyectaban bencina en las venas de los que eran simplemente «bocas inútiles», despedazaban a los extranjeros odiosos, fecundaban artificialmente a las niñas de trece años, estropeaban y provocaban heridas y enfermedades en desgraciados que habían sido un día hombres libres y creadores.

Los descubrimientos hechos por las comisiones de encuesta en los campos de deportados y de prisioneros, restarán como testimonios terribles para el porvenir. Decenas de millares de hombres han sido esterilizados, castrados como bestias (a la excepción de los judíos, que debían ser todos exterminados sin dejar uno, destinados a las fábricas de jabón y de abonos). En el oeste de Alemania se descubrió en un hospicio centenares de degenerados y de locos pertenecientes a la «raza elegida», a los cuales se habían aplicado los mismos «métodos experimentales» que a los extranjeros llevados por fuerza al paraíso totalitario. Esto significa que el «Herrenvolk» se había puesto a devorarse a sí mismo, como los: escorpiones y las arañas. Eran los signos anunciadores del hundimiento final, del caos en el cual el Tercer Reich debía disolverse y aniquilarse, semejante a un bosque podrido, con las raíces hundidas en pantanos envenenados.

Así, «la educación» de odio y de crimen o las estupideces ideológicas y las perversiones psico-sexuales, jugaron, como hemos mostrado antes, un papel decisivo sobre el comportamiento de un pueblo occidental que conoció épocas de ascensión cultural, pero que se *dejó* después subyugar por un partido militarizado y por una banda de asesinos.

Esta «educación», contraria a los ideales generosos y a los intereses permanentes de la humanidad, ha conducido al pueblo alemán a esta trágica alternativa: degradarse e incluso desaparecer o reaccionar por sí mismo mediante rigurosas medidas de profilaxis social, de purificación intelectual y moral. Alemania, lo mismo que Italia y el Japón –los tres países que poseen un surplus de población, educada en el culto de la fuerza bruta, del imperialismo militarista y obscurantista, del que surgió el incendio que ha asolado el mundo de 1940 hasta 1945– ha sido vencida y ocupada por los aliados.

La guerra fue ganada contra «los enemigos de la humanidad». Precisa ahora ganar la paz para todo el mundo, sin distinción de rango social, de nacionalidad, de religión y de raza. Una paz útil para los individuos que quieren adquirir por el trabajo el derecho a una vida digna, sana y libre –y que quieren superarse por la cultura y la belleza. A esta paz tienen igualmente derecho los individuos de los países dictatoriales que han resistido y sobrevivido a los horrores del antiguo régimen.

La paz sólo será verdaderamente justa –esto es, sin venganzas y destrucciones inútiles– si los países infectados por los azotes fascista y nazi son reeducados. Hay que empezar por las generaciones más jóvenes, dentro del espíritu de esta ciencia eugénica a la que han aportado igualmente su colaboración ciertos sabios de la Alemania cultural de antaño. Las sanciones aplicadas a los grandes y a los pequeños culpables de la catástrofe, mundial, a los «criminales de guerra», serían ilusorias si ellas solo tenían un carácter moral y jurídico.

Estas sanciones deberían ser la expresión de esta higiene de la especie humana, de este eugenismo que se propone apartar de la vida familiar y colectiva, es decir, de la «vida pública», los degenerados y los locos, los invertidos físicos e intelectuales, todos los anormales que, revestidos o no de un uniforme militar, se intitulaban «factores políticos». Es decir, que se creían predestinados a ser los dirigentes todo poderosos de esas inmensas multitudes de imbéciles, de cobardes, de esclavos, de viciosos, de criminales y de sádicos, a los que se daba la ocasión de satisfacer plenamente sus inclinaciones lúbricas, cúpidas o sanguinarias, en el desarreglo planetario de la guerra.

Millones de tales sub-hombres deben ser realmente reeducados como si se tratase de débiles mentales. Y si son incurables, deben ser esterilizados, pero teniendo en cuenta todas las reglas de una ciencia honrada y prudente. La operación debería ser hecha en cada país por los mejores y más lúcidos especialistas. En Alemania, la operación de la esterilización debería ser efectuada por los alemanes que, por su resistencia al frenesí del Mal, han probado –en su propio país y en el exilio– que existe todavía una esperanza de redención, incluso si los culpables se han hundido todos en el abismo de su abyección, arrastrando con ellos a numerosas víctimas inocentes.

EUGEN RELGIS